

pero satírico de buena ley y regocijado, hace las delicias de sus lectores.

Yo estoy plenamente convencido de que más de cuatro aburridos han de desterrar el mal humor leyendo los articulitos de su libro, y al final se encontrarán con que, entre sonrisas y sonrisas, han aprendido lo que no sabían, ó recordado lo que habían olvidado.

Para carta-prólogo, ya va este muy largo.

Auguro mucho provecho y mucha felicidad á su libro.

Estos son los deseos de su amigo que bien le quiere.

Pbro. JULIÁN G. VILLALAIN.



I

El género chico.

NUNCA he creído ni concedido que el arte teatral pueda dividirse en chico y grande, sino que, como todo el arte, se ha de dividir en bueno y malo.

Eso de medir las obras dramáticas como la percalina, por varas, y llamar obra grande á la que tiene tres actos y chica á la que tiene uno, me parece el colmo de lo absurdo.

El Grumete, Una Vieja, Música Clásica, El Cabo Primero, La Czarina, son, por ejemplo, obras grandes por la sencilla razón de que son buenas.

No digo nada de la Verbena de la Paloma, porque esa no es grande, sino grandísima.

Tres actos tiene La Cara de Dios y es

obra chica, minúscula, como que es muy mala.

No sé cuántos actos tiene Curro Vargas, porque nunca he tenido paciencia para verla hasta el fin, pero tenga los que quiera, aquello no es más que un hatajo de disparates.

Los hermanos Quintero han dado recientemente con el nombre que merece, eso que se hace en los teatros por tandas, « Género ínfimo ».

Ínfimo, no porque tenga dos ó un acto, sino porque los autores se han echado al surco y no piensan en arte ni en nada que se le parezca.

Piensan sola y exclusivamente en que la obra se ponga en España y América unas doscientas ó trescientas veces produciendo una regular cantidad de dinero.

La cosa se reduce hoy á una especie de fábrica de zarzuelas.

Hay que dar tantas docenas al año para que el negocio resulte productivo y ahí se queda todo.

De la misma manera que en las fábricas ya se saben los ingredientes que entran en la composición de lo que allí se fabrica, así

también los zarzueleros saben perfectamente los ingredientes de que se compone una tanda.

Receta :

Póngase lo primero un buen zapateado, jota ó tango por todo lo alto.

Enseguida se añade, bien una moza á la que quieren dos hombres, bien un hombre á quien quieren dos mozas; esto es de material.

Luego viene el dúo en el cual ella se tercia el mantón de Manila y él se echa á la oreja el sombrero cordobés.

Aquí un telón con árboles ó cualquier cosa para preparar la juerga final.

Mientras está echado el telón, salen unos ciclistas, limpiabotas, barquilleros, cazadores ó frailes, lo mismo da.

El caso es que se cante un corito con vistas al piano de manubrio.

El tercer cuadro comienza invariablemente con gran movimiento.

Ha llegado la hora suprema.

Una muchacha, que tienen todas las empresas, que debe ser guapa y que baila las sevillanas y los tangos como las propias rosas, se adelanta á las candilejas y comienza

el tango del lapicero, el del gato, el del ratón, el de la jaula, ó el del eléctrico, asegurando ya de una vez el éxito de la obra.

Ni que decir tiene que al poco tiempo se descubre que los celos eran infundados, que á la moza la habían calumniado y con otro poquito de movimiento cae el telón y... á las cien representaciones.

Esto en cuanto á los autores.

Con respecto á los artistas, de alguna manera los hemos de llamar, solamente hay que decir que los conservatorios van á tener que cerrarse por inútiles.

¿Qué se enseña allí? ¿Á cantar, á declamar? pues eso no sirve ya para nada absolutamente.

Manejo de mantón de Manila, arranque para decir atrocidades como quien se bebe un vaso de agua, baile y canto *jondo*, cuanto más *jondo* mejor, manejo, sobre todo ascendente, de faldas y enaguas, conocimiento profundo de los modales usados en fábricas de cigarros y mercados de verduras.

He aquí el bello ideal de una actriz del género ínfimo.

Los graciosos han de fiar sus gracias al peluquero.

Una peluca inverosímil, unas narices

enormes, unas cejas semejjando manigua, sombreros antidiluvianos, pantalones de tela de colchón y sobre todo mucho afeminamiento en modales y desplantes.

Ya sé que hay honrosas excepciones en esta regla.

Ahí está Mesejo, que es un actorazo, un actor que en el teatro más encopetado haría las delicias de la gente culta.

Hay una Bru ó una Campos que merecen el nombre de actrices eminentes y de gran talento, pero ¿cuántos Mesejos ó cuántas Bru se ven por el mundo?

Y ni aun son estos los actores más estimados de la Galería y de cierta parte de la Prensa.

No, gustan más los del corte que vengo describiendo.

Por eso el género ínfimo cada vez se está poniendo más ínfimo.

Los Gobiernos habrían de parar su atención en este asunto y subvencionar teatros para que en ellos se cultivara el género bueno con actores de mérito, obras artísticas y todo elemento de cultura.



II

Cuestiones religiosas.

Es una delicia esto de la religión para las columnas de la Prensa.

Cuando se trata de otros asuntos hay que tentarse la ropa antes de hablar.

Ya se ve. Podrían decirse disparates que fueran otras tantas planchas enormes.

Por eso, cuando hay que hablar de asuntos financieros, buscan los directores de periódico alguien que, poco ó mucho, sepa algo de esas materias. Si se ha de hablar de medicina, sólo un médico ó un naturalista puede hacerlo.

Hasta de música ó de pintura no escriben todos.

De religión pueden absolutamente todos tratar.

Hasta los reporters y los gacetilleros echan su cuarto á espadas en el momento que se trata de asuntos religiosos.

Por esos mundos de Dios anda una ciencia que se llama teología.

Por lo meños en los puestos de libros viejos hemos visto unos tomazos que meten miedo y dicen : « Summa », « Perronne », « Concina », « Gury ».

Inútil es decir que ni por curiosidad hemos echado la mano á semejantes mamotretos.

Por añadidura los tales libros están en latín.

Bien se está, pues, la teología en los puestos de libros.

De la misma manera que el estudiante aquel famoso había oído que hay quien usa el agua para beberla, así también sabemos de oídas que hay quien usa los libros de teología para estudiar y no sólo los estudia sino que los sabe de memoria.

Y aquí se verifica una cosa verdaderamente particular.

Los que saben una cosa que nosotros no sabemos, valga lo que valga, son unos igno-

rantes sabiendo y nosotros somos unos sabios porque no sabemos ni eso ni otras muchas cosas.

¿Que no?

Prueba al canto.

¿Á qué ciencia pertenece el saber lo que es tolerancia é intolerancia religiosa?

¿En qué libro puede aprenderse quien desee saberlo si el liberalismo es lícito ó es ilícito según el criterio católico?

¿Estará en los libros de náutica ó los de teología la cuestión de en qué sistema de enseñanza se encuentran más medios de dirigir el corazón por el camino de la fe y de la virtud?

Todo esto, claro es, que está en la teología.

Bueno; pues los que han estudiado esa ciencia no pueden hablar una sola palabra ni tener voz ni voto en esas mismas materias; y los que miramos con cierto terror pánico hasta el forro de los tomos teológicos, resultamos unas águilas cuando escribimos artículos y artículos, definiendo ex cátedra y diciendo: « Esto es tolerancia ». « Lo otro es fanatismo ». « Lo de más allá es intransigencia ».

Toma; y le cantamos la cartilla al lucero del alba.

Pío IX no supo lo que se hizo. León XIII se acercó algo, no mucho, á la perfección. Pío X suponemos que tomará nuestros consejos sobre todo en eso de la transigencia é intransigencia.

¡Ay de él si no los toma!

¿Qué haremos de este demonio de chico que no hay manera de que estudie una palabra? dice un pobre padre á un su amigo.

Pues hombre, contesta el amigo, hágalo V. periodista.

Efectivamente, el joven entra en una redacción y al poco tiempo ya hace bombos baratos; da cuenta de las desgracias ocasionadas por el tranvía y da lecciones á los Obispos y Arzobispos de la Iglesia católica.

Hoy la descripción de un perro que mató un eléctrico; mañana el examen de la última Encíclica de su Santidad.

Ni que advertir tiene que el estudiante, si no es tonto del todo, emplea y prodiga la palabra progreso, oscurantismo, fanatismo, libertad y tiranía.

Aquí hemos convenido todos, y cuando nosotros lo hemos hecho bien hecho estará, en que para componer un reloj se use un relojero; para hacer una falda se eche mano

de una modista y cuando estamos malos se llame al médico; pero cuando se trata de alguna cuestión religiosa, entonces se debe ante todo y sobre todo huir, como de la peste, de todo aquel que, aunque no sea más que de pasada, haya estudiado algo de asuntos religiosos.

Así se explica el que los demagogos pidan á voz en grito la destrucción del clero.

Como que no sirve absolutamente para nada.

Figúrense Vds. que en una nación cualquiera se acuerda unánimemente que las leyes las confeccionen, las apliquen y las interpreten todos menos los licenciados.

¿Para qué servirán los tales hombres?

Para lo mismo que suelen servir los personajes que introduce Carolina Invernicio en sus novelas, es decir, para nada.

Ahora bien, si tenemos chicos de la Prensa, ¿para qué queremos obispos, sacerdotes y teólogos?



III

Los ilustrados.

HAY que tener mucho cuidado con los términos que se emplean para calificar á una persona.

Antiguamente, sin inconveniente ninguno, se podía decir que fulano ó mengano eran vivos, inocentes ó devotos.

Hoy resulta casi un insulto lo que era un piropo.

¿Puede haber algo más encomiástico de un hombre que decir que es ilustrado?

Pues, sin embargo, no quisiera yo que me lo llámaran así, sin comentarios.

La razón es muy sencilla.

Anda por ahí una generación de seres capaces de hacer dormir á un loco, equivalentes á una poderosa inyección de morfina,

aburridos y latosos en grado heroico, los cuales, según el decir de sus amigos, no son más que ilustrados.

Y precisamente de su ilustración dimana el tedio que producen.

Cuando una conversación se anima y se comienza á hacer agradable, el ilustrado arquea las cejas, levanta la voz para que se le oiga bien y echa un jarro de agua á la general y estética alegría diciendo dos ó tres sandeces ó verdades de Pero Grullo.

Ni que decir tiene que el ilustrado este que pudiéramos llamar de adormidera es completamente impío.

La cosa es natural.

Su cerebro funciona á impulso del periódico rotativo que cada mañana forma como una secuela del cotidiano chocolate.

Desgraciado mil veces del que le toca en un banquete ó fiesta cualquiera estar al lado de un ilustrado.

Yo he pasado por ahí muchas veces y declaro que en más de una ocasión se me saltaban las lágrimas de puro aburrimiento.

Apenas tomaba la primera cucharada de sopa, ya estábamos mi vecino y yo tratando las más arduas cuestiones sociales y religiosas.

Y de qué manera, cielo santo.

« Mire V. Don Ramón, yo soy muy aficionado á leer. ¿Qué quiere V. ? me gusta estudiarlo todo. Sobre todo las novelas de Flammarión me quitan el sentido. Allí sí que hay ciencia de veras. Á esas cosas no pueden contestar los beatos. Aquella Estela enamorada de un ideal científico y cambiando la religión que aprendió en el convento por la que le enseña el sabio Solitario, es una cosa magnífica. »

« Á mí me parece, me atrevo á contestar al sabio, que una muchacha bien educada y pudorosa no va á vivir con un hombre aun cuando sea un astrónomo así como así. Creo que las escenas que pinta Flammarión son una verdadera y vulgar indecencia y todo el conjunto de la novela un disparatón enorme y antiartístico. »

Mi interlocutor se enfada y con destrozo completo de la gramática exclama : « Es imposiblemente que las cosas lleven el mismo aquel que, vamos, porque al cabo las gentes mia tú si ».

Al oír esta rociada me dedico de lleno á la sopa y me doy por muerto como aquel del desafío.

¿Quién no ha estado una hora y otra hora estirando los ojos y ahogando bostezos oyendo á algún ilustrado?

¿Ocurre cualquier cosa en el mundo? Nada, que un tranvía atropella á un cargador?

El ilustrado le para á V. en la calle é inmediatamente comienza á echar por aquella boca fenómenos psíquicos, telúricos, epáticos, sísmicos y ecuatoriales.

La exégesis del acontecimiento : la idiosincrasia de nuestro pueblo; el estado comatoso de algunos cargadores, cuando han bebido una copa de más.

Sobre todo esto del estado comatoso está de moda. Al difunto León XIII le hemos matado los periodistas ilustrados á fuerza de comatosis.

Si el ilustrado encuentra quien le oiga con paciencia y atención, cosa que sucede pocas veces, entonces se crece y hay aquello de empezar su discurso entornando los ojos y diciendo : « Entiendo yo.... »

Luego no queda títere con cabeza.

« Á León XIII le faltó valor para abordar el pavoroso problema del proletariado. Algo se internó en el abstruso laberinto del pau-

perismo, pero no llegó precisamente al fondo tenebroso.

Bismarck pecó por carta de más en el Cultur-kampf.

Nuestro clero debiera emprender otros rumbos por el camino del progreso y mejoramiento de las clases desheredadas.

El porvenir es del eclecticismo de Descartes. »

Los huéspedes y patronos que rodean la mesa de una casa de \$ 30 mensuales, se quedan al oír estas cosas como quien ve visiones y se llenan la boca diciendo : « Ah, D. Fulano es un hombre muy ilustrado ».

Pues bueno; lleguen donde lleguen estas líneas, quiero declarar solemne y categóricamente que el hombre verdaderamente ilustrado habla para que le entiendan y siempre llama al pan, pan y al vino, vino.





IV

La mujer emancipada.

COMO la soberbia es una verdadera locura, Zola llama á la obra que señala su horrible decadencia : « El Evangelio Nuevo ».

En él se repite hasta la saciedad la frase de : « Mujer emancipada ».

Claro es que si Zola ó cualquiera llamara á una señora « emancipada », sería lo mismo que si la llamara las cuatro letras.

Si la tal palabreja se lanzara al rostro de una mujer del pueblo, la bofetada se oía á media legua.

Y con razón.

¿ De qué tiene que emanciparse la mujer ?

« Del cura », dice Zola.

Pero emancipare del cura es emanciparse de la Iglesia.

De modo que se trata de la mujer que, si vive con un hombre, ese hombre no es su marido.

Si tiene hijos, esos hijos no están bautizados, ni saben el catecismo, ni conocen á Dios.

Pue bien, como la mujer no es, así, algo desconocido y que se encuentra de nosotros á distancias planetarias, podemos preguntar á todo bicho viviente, lo mismo á los sabios que á los ignorantes : ¿ Qué opina V. de las mujeres que viven con un hombre con el cual no se han casado eclesiásticamente ?

Ni venga nadie con teorías librepensadores, pero teorías.

¿ Usted se honraría en decir que su mujer es emancipada ?

¿ Quiere que le digan los demás que su madre fué también emancipada ?

¿ Sí ó no ?

Porque estoy oyendo todos los días á los más furibundos demagogos preciarse de que sus esposas y sus hijas son religiosas como ellas solas.

Sé positivamente que los anticlericales

buscan cuidadosamente mujer muy religiosa cuando tratan de formarse un hogar.

En una palabra, que la práctica no responde de ninguna manera á la teoría.

Y lo malo es que puede haber algún primo que se crea lo que dice ese Evangelio lleno de mentiras y de barbaridades y se lleve á casa á alguna emancipada que le vuelva loco.

Porque los vivos se contentan con ir al café ó á la cantina y decir allí con gran énfasis : « Ese Zola es un monstruo; tiene mucha razón, la mujer debe emanciparse de la Iglesia. »

Luego se van á casa y rezan el Rosario en familia; celebran como nadie la primera comunión de sus hijos y tienen siempre el Padre Fulano ó Mengano cuyos consejos oyen como á un oráculo.

Así puede pasar la cosa.

El Evangelio ese, más embustero que gitano chalán, se atreve á afirmar que el catolicismo ha envilecido y esclavizado á la mujer.

Que se lo pregunten á las interesadas.

En boca precisamente de una mujer non sancta pone el autor de Adriana Angot esta

frase : « Porque, hija, al mejor amante se prefiere el peor marido ».

Todo un tratado de ciencia femenina se encierra ahí.

La mujer tiene dignidad, tiene decoro, está satisfecha de sí misma solamente siendo esposa, teniendo marido.

Lo anhela con ansias que hasta han dado lugar á graciosas piezas cómicas y literarias.

Ya tenemos aquí, pues, que la dignidad de la mujer, por confesión de parte, no está en la emancipación, sino en el yugo del matrimonio.

Apuesto doble contra sencillo, y conste que no lo sé, á que el autor de ese evangelio á lo Manolo Gázquez estaba casado por la Iglesia y no permitía que nadie llamara emancipada á su señora.

« El catolicismo ha envilecido á la mujer. »

Frase es esa que debiera motivar una protesta enérgica y contundente de cuantos tenemos madre influida gracias á Dios, por la Iglesia, y que lejos de ser vil, parece como que dan tentaciones de adorarla por sus virtudes más que humanas y su carácter lleno de sana energía y de admirable criterio.

Viles, esas mujeres que rodeándose un lienzo blanco en la cabeza ó sin rodearse nada, se van á vivir en un hospital; á pasarse allí toda la vida oliendo á ácido fénico cuando no huelen á algo peor; sin un momento de descanso; sacrificando con fuerza que espanta toda la condición femenil inclinada al lujo, al lucimiento y á la coquetería.

Viles, esas reinas del hogar donde son maestras, ministros de hacienda admirables, enfermeras, médicas, jueces y sobre todo alegría, consuelo, cariño entrañable y legítimo orgullo de cuantos las rodean.

Vamos, señor de Zola, V. se ha caído de un nido ó le cegó á V. el amor asiático por los judíos.

Aun no hace muchos días que un Diario demagogo de esta capital se quejaba y con razón de que las emancipadas se mezclaran en el teatro con las no emancipadas.

Á tanto llega la dignidad que da la emancipación.

Al que compuso la letanía sin duda que se le olvidó poner allí : « De la mujer emancipada líbranos, Señor. »

Pobre sociedad aquella en que la mujer no sea cristiana.

Dicen algunos sabios que el fin del mundo vendrá porque se apague el sol.

Yo creo que una manera de que se acabe es que se emancipe del todo la mujer.

Qué final tan desastroso.





V

Libertad de cautivos.

MIRE V. que es mucho cuento eso de que siempre las grandes obras de la Iglesia vayan unidas á los nombres de civilización, progreso y libertad.

Sobre todo, esto último resulta de muy mal efecto para los que están oyendo siempre que la enemiga jurada y acérrima de la libertad es esa misma Iglesia.

Esto digo porque hoy se celebra en el catolicismo una festividad gloriosísima, cual es a Virgen de las Mercedes.

Virgen de las Mercedes que da título á una orden religiosa dedicada especialmente á la liberación de los cautivos.

Ya no hay cautivos en Argel ó, por lo menos, no los hay en gran número.

La Orden Mercedaria es una antigualla que no sirve para maldita de Dios la cosa.

Medrados estaríamos si todavía fueran los frailes los que pudieran usar el nombre de la libertad.

Hasta los niños de la doctrina saben que la libertad es la que degüella frailes y no la que da nombre á Órdenes religiosas.

Y sin embargo, yo afirmo que si no se hubiera fundado la Orden Mercedaria, debería fundarse ahora.

¿Por qué?

Porque dedicada ella á romper cadenas, podría romper tantas y tantas como nos tienen aherrojados y maltrechos.

¿Cadenas en los tiempos de la libertad?

Sí señor; cadenas que sujetan más cautivos y los hacen más desgraciados que aquellas en que gimió Cervantes.

Ojalá que pudieran aparecerse por ahí unos cuantos frailes de blanco hábito, luenga barba y escudo de rojas barras catalanas en el pecho y dijeran: « ha sonado la hora de la libertad ». « Vosotros católicos, sacerdotes, religiosos podréis hacer lo que os dé la

gana; podéis vestiros como os venga en voluntad; podéis vivir juntos ó separados según se os antoje.

« No tenéis más que cuidar de no conculcar el derecho de vuestros conciudadanos. »

No salían con más gusto los cautivos antiguos de sus mazmorras que saldrían ahora los católicos de sus esclavitudes humillantes y molestas.

Después habrían los frailes Mercenarios de recorrer los ámbitos del mundo rompiendo cadenas.

Habrían de llegarse á esos infelices ahrojados en el estúpido respeto humano y decirles : « Salid de vuestra abyección; cumplid libremente con vuestros deberes religiosos; satisfaced las ansias de vuestra conciencia que os pide oír misa y confesar y comulgar.

Escritores de periódicos que os pasáis la vida dando vueltas á pequeñeces que os hacen reír á vosotros mismos por no entrar en materias en las cuales tendríais que decir lo que conviene al público.

Los que hacéis propagandas que no dejáis leer á vuestras mujeres ni á vuestros hijos. Los que gemís bajo el yugo insoportable del

compromiso político sectario. Vayan fuera vuestras cadenas. Podéis desde este momento decir lo que os dé la gana, lo que sentís y está grabado en vuestro corazón, porque lo puso allí una madre santa y prudente.

Fuera cadenas.

Gobernantes que amáis la libertad y tenéis bastante talento para comprender que vuestras leyes y decretos son mordazas para unos y cadenas para otros.

En nombre de la Virgen de la libertad, de la Virgen de las Mercedes no pongáis coto á ninguna propaganda honrada, sea hecha en el púlpito ó en la tribuna del club.

Si de la lucha noble en el palenque de la libertad sale el triunfo del catolicismo, salga en buena hora, que nunca será malo el fruto de la libertad.

Fuera cadenas.

Todos los que vais cargados con las cadenas de vuestras pasiones sabed que en los Sacramentos de la Iglesia está el fuego que funde esos hierros.

Id á buscar la libertad de que necesitáis allí donde está, en el templo, en el clero, en la religión.

En vano ocultáis vuestra esclavitud : esta-

mos todos en el secreto; sabemos que daríais la vida y la sangre por libraros de ese vicio de la sensualidad, de ese vicio del juego, de ese del alcohol.

Á vuestras solas lloráis, y lloráis lágrimas amargas considerando la esclavitud en que arrastráis la existencia y luego componéis el rostro á duras penas para ostentar la máscara de la felicidad y del placer.

Pues bien; podéis gozar todavía de la libertad que gozan los hijos de Dios.

Frailes Mercedarios de lengua barba, blanco hábito y escudo rojo en el pecho, recorred la tierras, romped cadenas, cumplid con vuestro Instituto, libertad cautivos.

No están ahora en Argel ni en Marruecos: están en Europa, en América; en todas partes.

La obra de Jaime el Conquistador, de Pedro Nolasco y de Raimundo de Peñafort tiene una misión que cumplir todavía en el mundo.

¿No se hizo para romper cadenas?

Pues rompan las que deshonran al humano linaje, las que le atan al carro del vicio, las que imposibilitan la marcha de las naciones por el camino del progreso, de la civilización y de la libertad.



VI

Ilusión y realidad.

BONITO título para un drama.

Selo brindo al primer Galdós que quiera y con eso hará un drama en el cual habrá algo bueno y será el título.

De este título han salido y están saliendo muchos dramas y algunos más agradables de lo que sus mismos autores quisieran.

Lo digo porque, mediando un abismo, el que media entre la verdad y la mentira, entre la ilusión y la realidad, nuestros juicios y hasta nuestras creencias religiosas se forman dejándonos llevar no más que de las ilusiones.

Estudiar la realidad es algo que dice con nuestro temperamento y nuestra idiosincrasia.